

EL ESTADO ACTUAL DE LA
INVESTIGACIÓN PREHISTÓRICA
EN LA
PROVINCIA DE GERONA

POR

LUIS PERICOT GARCÍA

Las comarcas gerundenses tienen para el prehistoriador europeo un interés excepcional. Por hallarse junto al extremo oriental de los Pirineos, han sido el lugar de paso obligado de todas las corrientes de migración que desde el Africa, por el estrecho de Gibraltar y los caminos de la costa levantina han pasado a Europa y viceversa. Corrientes venidas del fondo del Asia o del Africa han podido encontrarse aquí y nos emociona todavía, contemplando el suave paisaje de los valles gerundenses, tan entrañables, imaginar las insospechadas bandas humanas que los pisaron hace docenas de miles de años, en movimientos lentos e inacabables, y los extraordinarios animales que fueron cazados en estas tierras. Ningún otro lugar de Europa puede disputarle a nuestra provincia la situación única, el privilegio de su posición llave.

¿Corresponde a esa importancia teórica extraordinaria el conocimiento positivo de la prehistoria gerundense? Confesemos que no. Sin ser despreciable la cantidad de hallazgos prehistóricos de la provincia, como veremos, no alcanzan el número y calidad que lógicamente cabría esperar de una situación tan especialmente favorable. Extensas comarcas de la provincia se hallan casi vírgenes de exploración y las restantes han sido visitadas de modo esporádico. Ello no es extraño, pues prácticamente llevamos sólo alrededor de 35 años de actividad, con medios económicos muy limitados.

Creemos interesante, en este momento en que vemos crecer ante nuestros ojos la afición a este género de estudios en nuestras comarcas, volver la vista a cuanto se ha conseguido y ofrecer al lector un esquema de los resultados obtenidos, que al mismo tiempo servirá de indicador de cuánto falta todavía por hacer y en qué sentido hemos de intensificar los trabajos futuros. Advirtamos que pronto ha de aparecer un estudio detallado de la cuestión, en la Carta Arqueológica de la provincia de Gerona, que por encargo del Consejo Superior de Investigaciones estamos preparando en colaboración con otros arqueólogos gerundenses. Ahora no pretendemos sistematizar los materiales que poseemos sino dar una visión sintética de cómo se pueden agrupar, mostrando al mismo tiempo los problemas difíciles, insolubles en su mayoría, que se nos plantean.

Paleolítico.— Respecto del Paleolítico inferior, nos hallamos igual que hace medio siglo, tras el descubrimiento de la mandíbula neanderthaloide de Bañolas. Seguimos ignorando por completo todo lo que hace referencia a las industrias de aquella larguísima etapa, ella sola diez veces más larga acaso que todo el resto de la historia humana. Y esto a pesar de que el hallazgo de Bañolas asegura, lo que a priori ya podría suponerse, el paso por nuestras tierras de gentes de dicha época. Sin realizar estudios de terrazas fluviales o costeras, toda esta etapa señala un inmenso vacío, que ha de ser llenado mejor por los geólogos que por los arqueólogos salidos del campo de la Historia. A ellos hay que encomendar pues la tarea.

Apuntemos, sin embargo, que muy recientemente el activo investigador bañolense D. José M.^a Corominas ha descubierto en una covacha cercana a la cueva del *Reclau Viver* de Serriñá, de que hablaremos después, materiales que, a nuestro juicio, han de situarse en el Paleolítico inferior, acaso en un Levalloisiense con tosca industria de cuarcitas de aspecto pseudoasturiense. Este hallazgo puede ser el comienzo de intensos descubrimientos.

Para el Paleolítico superior varía por completo el panorama. Cierto que las estaciones que poseemos no son muy numerosas y además se hallan concentradas en una pequeña zona, pero hemos de pensar que salvo en comarcas de riqueza excepcional, los yacimientos de esta época no suelen abundar y existen extensas regiones de la Península en que faltan por completo.

Hoy poseemos representación de las tres etapas en que tradicionalmente ha venido dividiéndose el Paleolítico superior, y destaca la riqueza e importancia de nuestro Solutrense. Las estaciones de esta época son: la cueva del *Reclau Viver* (Seriñá), la *Bora Gran d'en Carreras* (Seriñá) y el *Cau de les Goges* (San Julián de Ramis), aparte escasos materiales de la *cova de les Goges* (San Julián de Ramis) y de la *cova dels Encantats* (Seriñá).

El Auriñaciense lo poseemos de la cueva del Reclau Viver, tan cuidadosamente excavada por nuestro consocio el Dr. José M.^a Corominas. Este ha tenido la fortuna de descubrir aquella industria por primera vez, con seguridad, en la provincia y aun, con riqueza, en Cataluña. Hoy están titubeando los especialistas sobre el verdadero carácter y sobre la unidad o dualidad de la cultura auriñaciense y sería prematuro clasificar de modo definitivo los hallazgos del Sr. Corominas. A nuestro juicio hay en los materiales que ha recogido elementos que pueden entrar en el Auriñaciense propiamente dicho y otros, en mayoría, que han de clasificarse como perigordienses o gravettienses. Entre ellos destacan algunas puntas de La Gravette, de buen tamaño, ejemplares a los que no sería fácil hallar muchos paralelos en el resto de la Península. La probable presencia de un punzón de hueso de base hendida constituye el documento más seguro en favor del Auriñaciense propiamente dicho.

A esta cultura, que sin duda irá siendo mejor conocida, sucede o se intercala con ella, otra muy discutida en su origen y movimientos, la solutrense.

El Solutrense está ya mejor representado, pues lo poseemos en Seriñá y en San Julián de Ramis. En esta última localidad lo dieron a conocer las excavaciones de Pallarés en el *Cau de les Goges*, cuyo material dió lugar a un importante estudio de Wernert. El número de piezas no era en exceso elevado pero sí sumamente típico. Además de puntas de muesca, aparecían las pedunculadas con acusado abultamiento lateral, tipo que Obermaier calificó de catalán y que podía explicar los ejemplares parecidos hallados en estaciones solutrenses del Mediodía francés. El aspecto «neolítico» de tales piezas no escapó a Wernert, quien lanzó la hipótesis de un foco sahariense del que procedieran, en dos oleadas muy distantes entre sí, las puntas del Solutrense y las del Neolítico. El pequeño enigma se ha aclarado al incorporarse a otro mucho mayor. Las excavaciones del

Parpalló han demostrado que los solutrenses supieron labrar puntas de flecha con pedúnculo y aletas muy acusadas y con gran variedad de formas, por lo que las piezas de San Julián de Ramis no eran sino pálido reflejo de tales modas.

El problema se ha complicado al ponerse en relación el Solutrense del Parpalló con el Ateriense africano. Nada se puede asegurar en definitiva pero nuestra opinión personal es favorable a la hipótesis del origen africano, en el Ateriense, de nuestro Solutrense.

Por otra parte, estos últimos años, las excavaciones en Serriñá revelaban otras piezas solutrenses, al menos las tenemos por tales, en la *Cova dels Encantats*. Es muy probable que la *Bora Gran d'en Carreras* haya contenido también algún material del mismo carácter. Pero donde el Solutrense es rico y del mayor interés es en la repetida cueva del *Reclau Viver*.

En ella nuestro colaborador Dr. Corominas ha descubierto magníficos ejemplares de puntas de hoja de laurel, con el bello retoque bifacial, otras con ligera muesca y especial curvatura, tipo que parece propio de aquí, otras de talla más grosera y, finalmente, un fragmento de una punta con pedúnculo y aletas. Este último hallazgo es de una importancia excepcional, ya que confirma los resultados obtenidos en la cueva del Parpalló y asegura la extensión hacia el Norte de un tipo tan peculiar y que había pasado por alto a los arqueólogos. Ahora no cabe duda que es a través de las tierras gerundenses cómo ha llegado a Francia la tendencia a labrar un pedúnculo en muchas piezas solutrenses. También se explica con ello el tipo que Wernert llamó catalán, de puntas con pedúnculo y aletas incipientes, halladas en el cercano San Julián de Ramis.

El estudio detenido del Solutrense de Gerona en comparación con el pirenaico francés, ha de darnos seguramente puntos de vista nuevos para conocer los movimientos de ésta cultura que tuvo sin duda un carácter muy peculiar.

Respecto del Magdaleniense, ninguna otra estación ha venido a sumarse a la clásica de la *Bora Gran d'en Carreras* de Serriñá. Hoy sabemos que no era ésta el límite meridional que aquella cultura alcanzó en la Península. Nada menos que hasta los montes de Gandía penetraron aquellas gentes nórdicas poseedoras de una perfecta técnica en el trabajo del hueso. Serriñá debía ser su punto de etapa una vez franqueados los

Pirineos. Pero dicha cueva no contiene ningún elemento que podamos fechar con seguridad en la primera mitad (períodos I, II y III) del Magdaleniense, mientras en Gandía (cueva del Parpalló) estos periodos están ampliamente representados. Como esas gentes del Parpalló han llegado sin género de duda, de Francia, su camino pasaba por la provincia de Gerona y si sus restos no se hallan en la *Bora Gran* reposarán en alguna otra cueva de la comarca que no ha caído aun bajo la azada del arqueólogo.

Sin haber producido la investigación moderna ningún otro yacimiento magdaleniense, la excavación metódica de lo que quedaba de la *Bora Gran* bien merece la pena de que nos detengamos en ella. Alsius y Bosoms, beneméritos precursores, se habían afanado por recoger el rico material que aquélla contenía. La publicación del mismo daba la idea de un magdaleniense con piezas de buen tamaño y ausencia de microlitos. Idea falsa y que prueba el cuidado con qué hay que aceptar los datos de las excavaciones realizadas en una época en que no se habían afinado aún los métodos de trabajo.

Cuando en 1930 el Dr. Corominas empezó sus rebuscas en dicha cueva, cribando las tierras, se encontró con una sorpresa. Los microlitos aparecían en abundancia, con lo que daban un matiz insospechado a la cultura magdaleniense de la región. Es un fenómeno que se ha producido también en las estaciones francesas. Después, con nuestros discípulos y por cuenta de la Estación de Estudios Pirenaicos, hemos realizado trabajos en dicha cueva, que han consistido, más que en una verdadera excavación, en cribar toda la tierra que allí quedaba y que en casi su totalidad estaba removida. Y han aparecido gran cantidad de microlitos y alguna pieza de interés. Especialmente curiosas son algunas piezas de hueso, ya que entre ellas figuran varios arpones pequeños y de dientes poco desarrollados que contrastan con los magníficos ejemplares, evolucionados, de las colecciones Alsius y Bosoms. Creemos indudable que tales piezas señalan una etapa más antigua del Magdaleniense, la que forma, en el sistema de de Breuil, el IV período y que corresponde al momento final de ocupación del Parpalló.

Lo mismo que ocurre en esta última estación, el Magdaleniense de la *Bora Gran* es de tipo claramente francés, llegado a través de los Pirineos. En Serriñá el carácter nórdico de esta cultura queda acentuado por la pre-

sencia de restos de reno, que todavía hemos podido hallar en nuestra exploración.

El estudio del material de sílex de dicha estación magdaleniense ha de tener el mayor interés al permitir comparaciones con los focos centrales de la cultura y con la prolongación levantina. El Sr. Corominas ha estudiado, con rara precisión, sus microlitos. El resto del material se halla en estudio actualmente. También es indudable que una exploración cuidadosa ha de permitir el descubrimiento de nuevos vestigios de la ocupación de nuestras comarcas por aquellas gentes nórdicas, cuyo último resto actual quiere verse entre los esquimales.

Un aspecto sugestivo de la época que acabamos de estudiar es el de su arte. Nada tenemos en la provincia en este dominio. No nos atreveríamos a negar la posibilidad de que existan cuevas con muestras de arte rupestre. Se hallan tan cerca los grandes santuarios del arte cuaternario del Ariège y otras comarcas pirenaicas francesas, que no parece imposible que algo parecido pueda hallarse en las estribaciones pirenaicas gerundenses, especialmente en la parte de la Cerdaña. En cuanto al arte mobiliario hay leves muestras del mismo en huesos grabados de la *Bora Gran*. Con afán hemos lavado millares de piedras de dicha estación en busca de dibujos de animales. Hemos encontrado algunas plaquitas que se prestaban al grabado y rarísimas en que hay alguna línea, y lo mismo ocurre en el *Reclau Viver*. Pero una plaquita de la *Bora Gran* presentaba parte de una silueta animal indudable, aunque luego el incipiente artista no completara la figura. En este aspecto hemos de ser optimistas, creyendo que es sólo cuestión de tiempo el que lleguemos a conocer el arte cuaternario en Gerona.

Epipaleolítico.—Al terminar el Paleolítico, con el cambio climático y económico que tiene lugar, se nos ofrece la visión de la primera Edad media que la Historia de la Humanidad conoce. Aquella primera gran cultura que representa el Paleolítico superior en el Occidente de Europa desaparece. Las bandas de cazadores magdalenienses se ausentan de nuestras comarcas. Si tuviéramos que juzgar por los restos conocidos habríamos de suponer que la provincia de Gerona quedó vacía de habitantes durante varios milenios. Nada hay en ella del Capsiense y del Tardenoisense que en otras zonas de la Península y en Francia caracterizan las técnicas

microlíticas. Tampoco hay el menor vestigio de Aziliense. Pero hemos de suponer que tales vestigios están encerrados todavía en el suelo de la provincia. Recordemos que en el Magdaleniense de Serriñá los microlitos son muy abundantes, aunque no se trata todavía de los microlitos triangulares y trapezoidales de las fases post-paleolíticas. No sería lógico que tales industrias que evidentemente enlazan el Levante español y Francia, no hubieran sido llevadas a través de nuestros valles y rutas naturales.

Pero algo tenemos para llenar este vacío de tantos milenios que separan a los cazadores magdalenienses de los primeros agricultores neolíticos. Se trata de los vestigios descubiertos en dos cuevas del pintoresco macizo del Montgri. La más importante de ellas es el llamado *Cau del Duc*, en el término de Torroella de Montgri, debajo mismo del vistoso castillo, a unos 200 metros de altura. Menos importante para esta época, aunque contiene restos de épocas posteriores, es el *Cau del Duc*, del término de Ullá, que se halla a menos de un kilómetro a vuelo de pájaro de la cueva anterior. En el primero de dichos yacimientos los hallazgos se ofrecían casi superficiales; en el segundo, en cambio, estaban debajo de niveles neolíticos. Consistían principalmente en cantos labrados en forma de hendidores o picos toscos, pero además mostraban lascas, igualmente de cuarcita, una tosca punta de flecha, de fortuna, y un tosco punzón de hueso aguzado. La presencia de un molar de *Ursus arctos* era el único dato faunístico de interés para la fijación cronológica.

¿Cómo clasificar esta industria? Frecuentemente ha sido denominada Asturiense suponiéndola una extensión hacia el Este de dicha industria, tan típica del Mesolítico de la zona cantábrica. A nuestro modo de ver se le puede a lo más llamar pseudoasturiense ya que le faltan dos elementos esenciales, el pico típico y los concheros, aunque tengan en común la proximidad del yacimiento a la costa. Lo juzgaríamos mejor como una coincidencia en la pobreza, que conservarían, una vez pasados los tiempos de brillantez técnica en el trabajo del sílex, grupos de ascendencia muy arcaica, distintos de los capsenses o epipaleolíticos que con su microlitismo llenan la mayor parte del Occidente de Europa en aquella época. Los hallazgos del Montgri, que acaso tengan un día un complemento en otros yacimientos costeros catalanes, representarían un pequeño grupo aislado en lo que entonces no era sino una isla. No podemos perder de vista el parecido de la industria montgriense con la industria basta del Paleolítico

inferior del Sur de Francia, con la que acabamos de señalar en Serriñá, con piezas de cuarcita que aparecen en yacimientos del Paleolítico superior como el Parpalló y con industrias lejanas como el Kafuense del Africa oriental.

Neo y Eneolítico.—Sin nuevos hallazgos pasamos a las estaciones de un Neolítico avanzado. Ignoramos también cómo y por dónde llegarían a nuestras tierras los primeros elementos de la nueva civilización agrícola. Hoy todas las tendencias aceptan la llegada de la civilización neolítica a la Península desde Egipto, uno de los focos más antiguos de la misma, si no el más antiguo. Pero no hay que excluir la posibilidad que por Europa, desde el Danubio, llegasen por el camino del Pirineo alguno de tales elementos.

En todo caso nada tenemos que con seguridad pueda atribuirse al Neolítico antiguo. Es éste uno de los problemas más difíciles de nuestra Prehistoria. De la larga evolución de nuestro Neolítico nos quedan únicamente las huellas finales cuando estamos viendo ya la iniciación de la Edad de los metales. Entonces se nos ofrecen principalmente en la provincia dos tipos de estaciones, ambas sepulcrales: cuevas y megalitos.

Ambos tipos de yacimientos ofrecen una cultura semejante y no nos atreveríamos a señalar diferencias cronológicas entre ellas. Acaso la presencia de megalitos se deba a circunstancias externas, como la constitución geológica del suelo. Es decir, que la idea dolménica, relacionada con los cultos y ritos religiosos, venida de fuera, prende en las comarcas donde se dan con profusión los bloques pétreos que imitan muchas veces a los dólmenes y que servían para su construcción.

Las cuevas principales que conocemos, se hallan en comarcas donde ya hemos señalado otros hallazgos anteriores. En Serriñá (*Cova dels Encantats* y otros yacimientos menores), San Julián de Ramis (*Cova de cà Sant Vicens*) y Montgrí (*Cau del Duc de Ullá, Cau de l'Olivar d'en Margall, Cau dels Ossos, Cau del Tossal Gros*).

Entre muchas otras cuevas de carácter y época parecidas, de qué hay noticia citaremos las de *Càn Simon* (Puente Mayor, Gerona), del *Pasteral, Rocafesa* (San Martín de Llémana), *Rialp* (Ribas) que han sido parcialmente excavadas.

En buena parte tales cuevas no hacen sino reflejar una cultura idén-

tica a los megalitos, a los que disputaban el favor de las gentes como sistema de enterramiento. Dada la similitud del material y la contemporaneidad, debe existir alguna razón para que unos usaran las cuevas y otros levantaran dólmenes. ¿Serán las cuevas las preferidas por los elementos indígenas que han adoptado el mismo ajuar de los dolménicos? ¿Obedecerá la dualidad a las condiciones geográficas? En favor de esto último parece militar el dato de que los dólmenes aparecen en zonas que por su constitución geológica no suelen presentar cuevas y en las zonas con cuevas (zonas calizas del Montgrí o de Serriñá) no se encuentran dólmenes. Por otra parte es indudable que la idea dolménica es importada y supone una cierta revolución religiosa.

Los elementos materiales hallados en las cuevas y que nos aseguran su contemporaneidad con los dólmenes, son entre otros, los cuchillos y puntas de sílex, las piezas de adorno como las cuentas de collar minúsculas, los botones prismáticos de hueso con perforación sencilla o doble en V y las plaquitas de piedra verde. De estas últimas hay un fragmento en el *Cau de l'Olivar d'en Margall* y en cuanto a los botones de hueso, pieza típicamente catalana, son numerosísimos en las cuevas sepulcrales de Serriñá y en la de *Cân Simon* y existen también en la de San Julián de Ramis.

En cuanto a los dólmenes, su reparto es bastante claro. Aparte el núcleo de la Cerdaña, que está relacionado con los grupos del valle del Segre por un lado y por el otro con los del Rosellón y Ariege, y de ejemplares aislados en los montes de Ripoll, conocemos el grupo del Alto Ampurdán y el de las Gabarras. Consideramos probable que se descubran todavía otros ejemplares que enlacen la zona ampurdanesa con la pirenaica, que a su vez nos lleva hasta Vasconia.

En el Alto Ampurdán se extienden los dólmenes desde los términos de Agullana y Darnius, por la Junquera, Campmany, San Climent Sasebas, Espolla, Rabós, Vilamaniscle, Llansá, Vilajuiga, Pau, Palau, Port de la Selva y Rosas. Se hallan en las estribaciones de las Alberas y con gran densidad en la comarca de Espolla y sierra de San Pedro de Roda. En total suman unos cuarenta ejemplares. No ha podido comprobarse la existencia de un dolmen derruido en la Montaña Gran de Torroella de Montgrí, por lo que saltamos todo el llano hasta dar con otro núcleo importante en los montes de las Gabarras que cierran el Bajo Ampurdán y

miran en sus estribaciones meridionales al valle de Aro y a la Selva. Este núcleo, con una docena de ejemplares, es bastante menos nutrido que el anterior, y se extiende por los términos de Torrent, Fitor (Fonteta), Palamós, Calonge, Romaña de la Selva y Santa Cristina de Aro.

Fuera de estas zonas no hay sino ejemplares aislados: la cista de Cerviá, la descubierta recientemente e inédita aún, en los montes de Peratallada y el par de dólmenes de Montgrony, cuyo material se guarda en el Museo de Ripoll y otro en Camprodón, que enlazan con los de la Cerdaña.

Es probable que existan todavía numerosos dólmenes por descubrir. Las Gabarras no han sido exploradas debidamente y lo mismo ocurre con los montes que limitan la Selva por el Sur, y que se continúan en las comarcas barcelonesas que poseen también una cultura dolménica. También cabe esperar mucho de la exploración de las estribaciones pirenaicas al Oeste de Agullana-Darnius, especialmente en la comarca de Ripoll y en la Cerdaña.

El tipo de los dólmenes gerundenses es bastante uniforme. Suele ser el de cista megalítica o dolmen sencillo, de planta rectangular, de tres losas y otra de cubierta, con medidas que no pasan de dos metros de longitud y algo menos de anchura. Pero no son raros los monumentos de planta más complicada. En primer lugar, el sepulcro de corredor, uno de los tipos que siempre se ha considerado más antiguo en la evolución dolménica y que efectivamente nos causa esta impresión. Poseemos precisamente en la provincia, algunos buenos ejemplares de sepulcro de corredor, localizados en la comarca del Alto Ampurdán y especialmente en los alrededores de Espolla. El ejemplar mejor conservado, aún hallándose bastante destruido, es el de la *Font del Roure*. Allí, una cámara sensiblemente hexagonal, de dos metros en ambas dimensiones, formada por seis losas, faltando la cubierta, y de 1'5 metros de altura se abre en un corredor de paredes paralelas, de unos dos metros de longitud y poco menos de uno de anchura, más bajo que la cámara y conservando todavía una de las losas de cubierta; algunas piedras hincadas señalan el recinto del cromlech, de unos 10 metros de diámetro. En resumen, un precioso ejemplar de características bien definidas. Otros sepulcros de corredor de la comarca de Espolla o de la de Vilajuiga, indican la popularidad de este tipo en el Alto Ampurdán.

Una evolución del tipo anterior parecen ser otros monumentos am-

purdaneses en que se desvirtúa la clara separación entre corredor y cámara que veíamos en la *Font del Roure*. Tal ocurre en el interesante dolmen de la *Cabana Arqueta*, cerca de Espolla, en el del *Barranc*, de la misma localidad, en el de Santa Cristina de Aro, en el de Torrent, en la *Cova d'en Daina* de Romañá de la Selva y en el de la *Creu d'en Cobertella* de Rosas. Algunos de ellos entran plenamente en la categoría de galerías cubiertas. Pero ninguna deja de presentar un estrechamiento en la mitad anterior, en la que además se usan losas de menor tamaño que en la cámara. Así la magnífica galería de Romañá, conserva todas sus losas laterales, con una longitud de casi ocho metros y a tres metros de la entrada dos piedras verticales señalan el estrechamiento a manera de puerta que da entrada a la cámara; todavía conserva dos losas de cubierta. La galería de Torrent es de cabecera muy ancha (dos metros) y de unos 11 metros de longitud lo que le hace el dolmen más largo de Cataluña y también se estrecha y disminuye el tamaño de sus losas hacia la entrada. En cuanto a la *Creu d'en Cobertella* (Rosas), está, por desgracia, destruida la parte de la entrada, pero es impresionante la cámara de más de cinco metros de longitud por 2'5 de anchura, cubierta casi en su totalidad por una sola losa, la mayor que vemos usada en dólmenes catalanes y que pesa cerca de 15 toneladas.

El material que todavía se ha salvado en los sepulcros megalíticos, a pesar de su parcial destrucción y de la rebusca de tesoros de que han sido víctimas, si no abundante, es característico. En su cerámica hallamos las formas lisas, carenadas, ovoideas, de casquete esférico, con pezones o asas; entre la cerámica decorada figuran unos pocos cordones en relieve, incisiones y como más destacado, fragmentos de vaso companiforme. Algún ejemplar de este último ha podido ser reconstruido y no puede decirse que sea raro tan interesante tipo cerámico. Es curiosa la presencia en dólmenes ampurdaneses de asas con botón saliente. De sílex son varios magníficos cuchillos y puñales, que figuran entre las piezas de esta materia de mejor labra de Cataluña, además de puntas de flecha, en su mayoría foliformes. De metal no han aparecido sino unos pocos punzones de tipo sencillo. Entre los objetos de adorno figuran las cuentas de collar, de materiales y tamaños diversos. Aparte algunas, pequeñas, de calaíta, por lo general planas, dominan las cilíndricas o discoidales de esteatita. Estas, suelen ser de pequeño tamaño, pero hay algunas de la

galería de Torrent de las de tamaño minúsculo, que no llega a veces a tres milímetros de diámetro y cuya importancia es evidente. Difícil es adivinar la utilidad que tendrían los botones de hueso con perforación en V, rectangulares o cuadrados, que en número abundante aparecieron en la galería de Torrent y que reaparecen en las cuevas de Serriñá, San Julián de Ramis y *cân Simon* y en los dólmenes del llano de Vich, constituyendo un elemento típicamente catalán. Otra pieza del máximo interés la constituyen las plaquitas de pizarra verdosa. Hasta ahora han salido únicamente en los dólmenes del Bajo Ampurdán. De la galería de Torrent proceden tres piezas enteras y un fragmento de otra. En la de Santa Cristina de Aro se halló otra y dos más pequeñas y menos típicas en la de Romañá de la Selva. Se trata de un tipo de importancia excepcional ya que debe tener probablemente carácter religioso y aparece en comarcas francesas y en otras comarcas españolas, en tipo más complicado, y no es sino el lejano reflejo de un objeto que abunda en Egipto en la época predinástica y en los primeros tiempos históricos. Origen semejante suponemos a las cuentas de collar diminutas.

El reciente hallazgo en la cueva *dels Encantats* de Serriñá de un cuchillo sobre amplia lámina de sílex con los bordes únicamente retocados sugiere otros paralelos exóticos, los más próximos en el Sudeste de Francia, región que tiene tantos puntos de contacto con la nuestra.

Edad del Bronce.— Problema esencial al considerar la cultura dolménica es el de su perduración. ¿Hasta qué momento de la evolución general siguieron utilizándose tales monumentos como lugar de inhumación? Respecto de las cuevas ya hemos visto que en casi todas ellas aparecen elementos hallstáticos y que por lo tanto podemos pensar en una utilización continua de las mismas. En los dólmenes es muy rara la presencia de elementos tan avanzados y sólo en algunos casos como en Torrent vemos aparecer en la parte de la entrada un fragmento cerámico de tal carácter. Sin embargo, no faltan en ellos los elementos posteriores a lo que hemos de suponer época clásica para los mismos, por ejemplo las asas con botón y algunas formas cerámicas de aspecto argárico.

Nos inclinaremos a pensar que durante todo el segundo milenio perduró la vieja cultura dolménica, que no llegó a ser sustituida plenamente en nuestras comarcas por la cultura argárica venida del Sur. Hacia

finis de esta larga época, sin duda se ejercieron sobre nuestras tierras influencias muy diversas, introduciéndose tipos de bronce que tenían importante desarrollo en Europa. La cultura española empieza a mirar hacia Europa más que hacia Africa que ha quedado definitivamente rezagada.

En una comarca próxima y con muchos puntos de contacto con la nuestra en todas las épocas, la de Narbona, se da la misma perduración de las formas de vida eneolíticas.

En estos siglos oscuros no podemos precisar hasta qué punto nuestras comarcas recibieron la influencia de la cultura de El Argar que se desarrollaba en el Sudeste y Levante de la Península; recordemos la alabarda de Gerona. Tampoco es posible presentar un cuadro satisfactorio de la aparición de nuevos elementos, europeos, que poco a poco van modificando el aspecto de la cultura y son precedente de las poderosas invasiones hallstáticas. Citamos ya las asas con botón; a ellas hemos de añadir útiles de bronce (hacha de aletas de Serriñá, depósito de Ripoll, etc.) que en parte pueden ser anteriores a aquellas invasiones. Y como indicio de relaciones claras con Italia (cultura apenínica) poseemos el magnífico vaso con decoración excisa y asa con apéndice, de la cueva *dels Encantats* (Serriñá).

Pero estos son datos escasos, que no aclaran la fase final de la Edad del Bronce y el paso a la Edad del Hierro. No existe aquí, ni en el resto de España, un criterio seguro para separar las dos edades y es probable que nunca sepamos el momento en que por vez primera el uso del hierro se introdujo en escala apreciable, quedando al criterio vacilante de los investigadores el fijar, de manera convencional, uno u otro momento.

Como resumen, sólo podemos opinar que, mientras subsistía la población neolítica continuando su manera de vivir, su economía agrícola y pastoral y sus modos de enterramiento, iban llegando de Europa algunas innovaciones técnicas con posibles infiltraciones étnicas.

Edad del Hierro. — El cambio decisivo tiene lugar con la invasión céltica. No es de este lugar el entrar en la polémica sobre la fecha y el número de oleadas célticas cuyo influjo se hiciera sentir en la Península. Podemos admitir que alrededor del año 800 estaban entrando ya por los Pirineos la gente de los campos de urnas que iban a imponer su tipo

de enterramiento y su característica cerámica durante varios siglos.

Por nuestra parte, como hemos hecho notar, creemos que no representan los tales celtas los primeros europeos que llegan por esos tiempos a nuestras tierras, ya que en anteriores momentos de la Edad del Bronce las alcanzaron gentes y formas culturales venidas de comarcas ultrapirenaicas y acaso incluso ultraalpinas.

Aspecto es éste que interesa estudiar con detenimiento en las futuras excavaciones.

Veamos qué elementos de esta cultura de allende el Pirineo se nos ofrecen en las comarcas gerundenses.

En primer lugar, los campos de urnas, las necrópolis que señalan el camino de aquellas gentes. Varias de ellas, junto a los pasos clásicos de las Alberas, son elocuentes en su localización. *Els Vilars*, cerca de Espolla jalona el camino del Coll de Banyuls, mientras Agullana marca el del Pertús y Panissars. Pero más al interior se encuentran todavía Perelada, Port de la Selva, Capsech, Anglés.

La afortunada circunstancia de que la necrópolis de Agullana haya podido ser bien excavada, nos permite hoy conclusiones que modifican las que sostuvimos hace años. No queremos dejar de recordar que uno de los jóvenes arqueólogos gerundenses, Pedro de Palol ha tenido a su cuidado buena parte de los trabajos.

Otro de nuestros discípulos, el Dr. Maluquer, ha sistematizado esta etapa cultural en Cataluña.

El fenómeno curioso es la difusión extraordinaria que tiene la cerámica, único elemento que nos queda en la mayoría de estaciones de la época, de tipo hallstático. Ha sido éste un proceso de revelación que hemos visto desarrollarse ante nuestros ojos. Si hace veinticinco años podía parecer como hecho aislado el que algunas cuevas contuvieran cerámica de aspecto hallstático (*Cau del Duc* de Ullá, por ejemplo), hoy es innegable que lo raro es hallar una cueva sin cerámica de este tipo. Y a las cuevas han venido a sumarse los poblados prerromanos como veremos.

Tenemos pues como hecho indiscutible el que en cuevas e incluso en algún dolmen, se encuentra la cerámica propia de los celtas invasores. En la mayoría de los casos esta cerámica representa el momento final de la utilización de la cueva y comprende una pequeña parte de la cerámica encontrada, que es en su mayoría indígena y de tradición neolítica. Pero en

algún caso, como ocurre en la cueva *Bora Tuna* de Llorá, este tipo cerámico nuevo constituye la masa principal de hallazgos. Una fibula de la Certosa, en esta cueva, nos fecha alrededor del año 500 a. C. uno de los momentos de su utilización.

A nuestro modo de ver este fenómeno no tiene por ahora otra explicación que el haber sido adoptada por los indígenas epimegalíticos, valga la palabra, la nueva cerámica, con lo que ésta llena los lugares de habitación o de enterramiento de aquéllos.

Esto explica asimismo la presencia de cerámica hallstática en la base de todos los poblados «ibéricos» que se van excavando con cuidado. Tal ha ocurrido en La Creueta, Castell (La Fosca) y Ullastret. El mismo caso se da en Ampurias, donde el reciente descubrimiento de una necrópolis del tipo de los campos de urnas, demuestra hasta qué punto las poblaciones indígenas adoptaron las nuevas modas.

Dentro de tales estaciones hallstáticas han de establecerse varios períodos, pues sin duda tanto las necrópolis como los poblados, que todavía no se han descubierto, debieron ser utilizados durante varios siglos. Pero la cronología de toda esta cultura es todavía incierta. El trabajo meritorio de algunos investigadores, entre los que destacan P. Bosch Gimpera, M. Almagro y J. Maluquer, no ha podido todavía darnos la seguridad en períodos y fechas.

Para Maluquer, el grupo que se inicia en Agullana, alcanza hasta el Ebro y en él se distinguen tres etapas, todas ellas caracterizadas por diversos momentos de aquella necrópolis gerundense. Agullana I posee formas bicónicas con decoración incisa y sin hierro; es un poco más tardío que Tarrasa y puede colocarse hacia el año 700 a. C., contemporáneamente con la necrópolis de la *Punta del Pi* y otros yacimientos hallstáticos gerundenses (Seriñá). Agullana II tiene cerámica de formas orvides lisas o con decoración en relieve y posee hierro. Empieza el 650 a. C. y es contemporáneo de Anglés y Capsech. Agullana III, en el siglo V, contemporáneo en parte de Anglés, Capsech, de Llorá y de Perelada, esta última algo posterior. Esta última etapa puede llamarse posthallstática y coincide con las fases iniciales de poblados como La Creueta. La supervivencia de todo ello abarca incluso gran parte del siglo IV a. C.

Todavía en 1945 P. Bosch Gimpera mantiene una cronología más elevada: Agullana, anterior al 800, con *Punta del Pi* y Ullá; Llorá, en su

comienzo, del 800 al 700; Llorá (fin) y Anglés, del 700 al 650; Perelada, del 600 al 500.

Creemos que en el momento actual es aceptable la sistematización y cronología de Maluquer. Pero no consideramos resuelto el problema, y sobre todo, no vemos explicación satisfactoria del proceso íntimo del cambio étnico-cultural de aquellos siglos y al paso de lo hallstático a lo ibérico.

El último capítulo de nuestra Prehistoria se alcanza con la llamada cultura ibérica. Esta debiera significar la cultura de las tribus que los antiguos llamaron iberos y que sabemos habitaban la costa oriental de España. Pero este capítulo está terriblemente embrollado desde que los prehistoriadores de la nueva generación han lanzado puntos de vista, muy atendibles, que cambian por completo el concepto que se tuvo hasta hace unos años de dicha cultura y de aquellos pueblos.

En primer lugar, se produjo en la Prehistoria europea un descenso en la cronología, al hacer terminar el Hallstatt, no en el año 500 a. C. sino en el 400 a. C. Con este nuevo punto de vista sobre la cronología del Hallstatt es difícil hacer empezar las invasiones celtas antes del siglo VIII. De contragolpe lo ibérico se veía rebajado. A esta rebaja contribuían otras observaciones realizadas en el Levante y S. E. de la Península. Las especies cerámicas de decoración animal y vegetal e incluso humana, se han colocado desde el siglo III al I a. C., es decir, se han ido vinculando cada vez más con lo romano y separando de lo griego a lo que habían estado antes tan unidos en la mente de arqueólogos como Bosch Gimpera. La tendencia romanista culmina en los trabajos del profesor García Bellido, para el cual la Dama de Elche es una obra de arte provincial romano. Mientras otra tendencia, que podríamos llamar celtista, culmina en la hipótesis del profesor Almagro, para el cual los iberos, no serían sino una tribu céltica a la que los autores antiguos dieron aquel nombre, geográfico pero no étnico.

Por nuestra parte, aunque no compartimos estas tendencias, hemos de reconocer que tienen a su favor argumentos nada despreciables. Creemos que no es posible llegar a una decisión aunque resulte evidente que las soluciones simplistas de otro tiempo no son ya viables.

Poseemos en la provincia de Gerona una serie de poblados que alcanzan la época de ocupación romana. Su número va creciendo de continuo, aunque en realidad no se realizan prospecciones metódicamente

dirigidas a señalar todas las estaciones de este carácter. De manera que con algún esfuerzo señalaríamos unos 25 poblados conocidos; creemos que no ha de ser difícil alcanzar el centenar.

De todos ellos se han realizado trabajos de excavación más o menos completos tan sólo en los siguientes: La Creueta, San Julián de Ramis, Ullastret y Castell (Palamós). Este último, (que no es posible citar sin aludir a la rara esplendidez con que su propietario D. Alberto Puig Palau sufraga los trabajos), con el de La Creueta, los únicos en que la excavación ha limpiado zonas completas hasta los niveles originales.

Y siempre que ha podido observarse una sucesión de períodos se distinguen claramente tres etapas. La más antigua es la que contiene cerámica de factura hallstättica y puede alcanzar hasta alrededor del año 400 a. C. Una segunda etapa es la que llamaríamos ibérica, con la clásica cerámica pintada que ha solido recibir dicho nombre. La capa más reciente es la ibero-romana, que en su primera fase carece de la típica tierra sigil-lata que no suele ser abundante en los poblados de tradición prerromana mientras abunda extraordinariamente en las estaciones romanas. Cuando podamos precisar un poco la cronología de esta sucesión de fases culturales habremos dado un paso decisivo en el conocimiento del complejo problema de la cultura ibérica.

En realidad poseemos una cadena de estaciones a lo largo de la costa y otro grupo en los alrededores de Gerona. Aparte de estos grupos sólo tenemos indicaciones poco precisas de otros yacimientos.

La serie de poblados costeros empieza en Blanes y Lloret para seguir por Tossa, llegando al famoso de *Plana Basarda*, que espera su excavación y al de San Feliu de Guíxols, después del cual se sitúa el *Castell Barri* de Calonge, llegando entonces al del *Castell* (La Fosca, Palamós) y siguiendo por el de *Font Morisca* iremos a parar al del castillo de Bagur, el último conocido en la costa antes de Ampurias. Hemos prescindido en esta relación, de las estaciones que creemos plenamente ibero-romanas.

En el interior del Ampurdán deben hallarse a docenas los poblados, pues de otro modo no se explicaría el texto de Tito Livio sobre la campaña de Catón. Apenas conocemos la situación de unos pocos. Pero entre ellos existe uno que por sus murallas y los resultados que ya poseemos será uno de nuestros mejores yacimientos arqueológicos, el de San Andrés de Ullastret, que hemos empezado a excavar.

En general nuestros poblados prerromanos producen escaso material aparte de la cerámica y dan la impresión de haber sido abandonados tranquilamente. En cuanto a la cerámica ofrece toda la variedad de facturas que conocemos por Ampurias. La cerámica gris que el profesor Almagro ha llamado emporitana, se encuentra profusamente sobre todo en forma de pequeñas vasijas más o menos campaniformes.

El estudio de los muros de nuestros poblados, cuando podamos precisar la época de cada una de sus técnicas, ha de ser del mayor interés. En este punto, como en general en todo lo que atañe a la cultura ibérica, la clave para hallar una solución se encuentra en Ampurias. Pero actualmente la cronología de las murallas de dicha ciudad se encuentra *sub judice* y hemos de esperar a que se resuelva de modo decisivo.

Ahora no podemos siquiera dar una fecha remota al muro ciclópeo de Gerona, como hace años hubiera resultado oportuno, vista la posibilidad de que la muralla ciclópea de Tarragona y la de la Neápolis ampuritana tengan que descender de su supuesto arcaísmo cronológico. ¿Habrá todavía que aceptar una fecha elevada para el raro muro ciclópeo del poblado de La Fosca? No nos atrevemos a asegurarlo, aunque creemos que hay algún indicio para afirmarlo así.

Del último poblado cabría señalar características constructivas curiosas, aun prescindiendo de su habilitación como puerto. Una de ellas es la presencia, en un espacio descubierto delante del recinto murado, de una numerosa serie de silos más o menos ovoides tallados en la roca. En otros poblados de la costa y del Sur de Francia hallamos algo semejante. Cuando los silos no debían usarse ya y se terraplenó su espacio, se colocaron, alineados en Z, unos grandes tambores de piedra, sobre una tosca base plana, de finalidad desconocida. Tambores semejantes parece se hallaron en Ullastret, por lo que debe tratarse de alguna práctica general.

Otros poblados presentan características de interés. Tal ocurre con el de S. Julián de Ramis, con habitaciones en parte excavadas en el monte y con indudables paralelos con poblados del sur de Francia. El de La Creueta es particularmente rico en cerámica de tipo hallstático y en bronces.

Es frecuente el hallazgo en tales poblados de cerámica griega, por desgracia muy fragmentada. La especie campaniana monocroma en negro es abundantísima correspondiendo a la época de apogeo de la vida de muchos de tales poblados, de los siglos III a I a. C. Más raros son los frag-

mentos de figuras rojas. En algunos poblados se presentan con mayor frecuencia. Tal es el caso del de Porqueras, cuya exploración se ha iniciado tan sólo, y en el de Ullastret, que se halla en el mismo caso. Por lo general se trata de fragmentos de estilo decadente, de fábricas italiotas, ya del siglo IV en adelante. Pero algunos ejemplares deben ser de la segunda mitad del siglo V y habrán de servirnos para fechar una de las etapas más antiguas de la vida de estas poblaciones, cuando en ellas empieza a desarrollarse la llamada cultura ibérica.

El origen de esta última y del pueblo que la desarrolló queda en la oscuridad. En favor de su antigüedad militan los datos de los textos de los autores antiguos que parecen indicar para una buena parte de la provincia de Gerona una población mixta de iberos venidos del Sur y de indígenas. Pero no es el objeto de estas páginas el entrar en el fondo de los problemas que la interpretación de los textos y de la Etnología prerromana plantean. Tampoco entraremos en el estudio de los factores de helenización, a través de Rosas y Ampurias y de otras factorías que ocuparían puntos de la costa que acaso coinciden con los establecimientos «ibéricos» de que hemos hablado.

Tan sólo indicaremos que el uso de un alfabeto arcaico, el llamado ibérico, en epígrafes y monedas, parece ser una prueba de antigüedad de este pueblo, ya que dicho alfabeto está lleno de arcaísmos. En la provincia hay varias cecas cuyas monedas tienen inscripciones ibéricas. En cuanto a inscripciones de este carácter sobre piedra u otras materias, no es nuestra provincia muy rica en ellas. Excepto en Ampurias, conocemos un número reducido de inscripciones cortas, de pocas letras.

La llamada cerámica ibérica constituye el material más abundante en los poblados. En su casi totalidad ofrece sólo decoración geométrica. Pero en algunos ejemplares muestra también decoración vegetal, pobre generalmente. Sus etapas y su cronología constituyen otro de los puntos oscuros de nuestra Arqueología y únicamente Ampurias podrá aclararnoslo. De nuestras observaciones en varios poblados deduciríamos que las mejores decoraciones vegetales son de la fase más antigua de esta cultura. El hallazgo hace muchos años de un hermoso vaso en *La Aigueta* (Figueras) permite esperar mayor riqueza en descubrimientos futuros. Y sobre todo, estando abierta la posibilidad de que la cerámica ibérica haya surgido por evolución de tipos jonios en la misma Ampurias, donde se ha

hallado además el único vaso que participa a la vez de técnicas artísticas griegas e ibéricas en escenas humanas, el vaso de la cacería antiguamente en la colección Cazorro, puede esperarse que, enterrada en la provincia, se halle la historia de la primera creación y expansión de tan interesante y discutida especie cerámica.

* * *

De todo cuanto llevamos dicho se deduce el carácter provisional de cuanto sabemos de la Prehistoria gerundense. Sólo unos años de actuación intensa puede remediar las deficiencias actuales. Por desgracia no vemos en perspectiva que tal actuación sea posible en mucho tiempo. Haría falta no sólo excavar en numerosos yacimientos sino disponer de un buen taller de restauración y medios para estudiar y publicar debidamente los hallazgos. A falta de todos estos *desiderata*, tengamos confianza en que la nueva generación de arqueólogos compensará, con su buena voluntad y su vocación las condiciones en que han de trabajar, y en que la suerte procurará a los buscadores, materiales claros y que permitan una reconstrucción más completa y definida de nuestro remoto pasado.